

PARA la gran mayoría de los japoneses, la vida laboral se detiene a los cincuenta y cinco años. A esta edad son despedidos —cortésmente, aunque sin pensión— los empleados de las grandes firmas. Y, sin embargo, los hombres que se encuentran a la cabeza de estas compañías tienen, por regla general, más de setenta años. El Japón es una nación joven dirigida por viejos astutos.

Uno de estos grandes viejos se llama Shigeo Nagano. Es el más poderoso fabricante de acero del mundo. La Nippon Steel, por él dirigida, acaba de superar a la potentísima U. S. Steel. Shigeo Nagano es presidente de la Cámara de Comercio e Industria y ha participado como tal en las negociaciones soviético-niponas en torno al desarrollo de Siberia. No hace mucho ha sido recibido por Chu En-lai en Pekín. Además forma parte del consejo superior del Keidanren, suprema instancia de la agrupación de patronos japoneses, que constituye el auténtico gobierno del país.

«Estamos atravesando —me dice Nagano— nuestra quinta recesión en veinticinco años. Esta va a durar algo más que las otras, puesto que se ha visto agravada por lo que aquí denominamos el «choque Nixon», es decir, la devaluación del dólar y las medidas proteccionistas adoptadas por Washington. No creo que la situación mejore antes de un año».

—¿Y qué ocurrirá una vez pasado el año? ¿Cree usted que el Japón va a volver a sus antiguos ritmos de expansión: nueve por ciento de aumento del producto nacional bruto en los años cincuenta, diez por ciento en los sesenta, doce por ciento en mil novecientos setenta?

—No, de ningún modo. Esos ritmos han marcado la fase activa de nuestro desarrollo industrial, fase que correspondía a una especie de adolescencia económica. Pero uno no es adolescente toda la vida. Estamos llegando a la

JAPON (I)

EL FIN DEL MILAGRO

madurez, y en el futuro creceremos más lentamente.

—Más lentamente. ¿Qué índice de crecimiento anual prevé usted entonces?

—Tranquíquese: ¡será un «índice japonés»! Le he hablado de recesión. Nuestra progresión será este año de entre un cinco y un seis por ciento, lo cual es bien poco en relación con el índice del doce por ciento del pasado año, pero sigue siendo superior a los índices europeos. En el futuro nos colocaremos entre un seis y un diez por ciento.

—¿Y por qué este freno? ¿A causa de los obstáculos con que se encuentran sus exportaciones?

El señor Nagano sonríe:
—Contrariamente a lo que ustedes piensan en Europa, no tenemos el proyecto de desarrollar de modo considerable nuestras exportaciones. En estos momentos hay entablado un gran debate en los medios financieros e industriales. Unos son partidarios de reducir las exportaciones; otros, de aumentar las importaciones. Nadie piensa, empero, aumentar las exportaciones. Créame, tenemos demasiados dólares. Más de siete mil millones. Para evitar una nueva revaluación del yen, es preciso disminuir en lugar de incrementar el excedente de nuestro comercio exterior. La disyuntiva está clara: vender menos o comprar más.

Todas estas ideas resultan incomprensibles si no se eliminan los actuales prejuicios en torno a las causas de la expansión económica japonesa. Para los europeos, lo mismo que para los americanos, todo país de «ultramar» es exclusivamente una fuente de materias primas y de productos agrícolas. Si uno de estos países —en este caso el Japón— se dedica a vender máquinas fotográficas, relojes, transistores, motocicletas, televisores, ordenadores y otros aparatos sofisticados, es lógico pensar que tratará de introducirlos en los mercados occidentales, puesto que éstos constituyen su única salida. De donde se deduce que el Japón, país que dispone —por lo menos eso es lo que comúnmente se piensa— de una mano de obra tan disciplinada como mal pagada, funda su prosperidad sobre la «inundación» de nuestros mercados. Ahora bien, este cliché sólo corresponde en parte a la realidad japonesa.

Veamos primero las cifras. Japón exporta actualmente poco más del 9,5 por 100 de su producción. En 1960 exportaba el 12,8 por 100, y antes de la guerra, cerca del 20 por 100. Para tener una idea de lo que representan estos porcentajes conviene saber que Francia exporta aproximadamente el 13 por 100 de su producción total; Alemania, el 19 por

ciento, y los Países Bajos, el 13 por 100. En otras palabras, si bien es verdad que Japón tiene necesidad de exportar para procurarse las materias primas que le faltan, es falso considerar que su expansión está esencialmente ligada al desarrollo de su comercio exterior. El rápido aumento de la demanda interior ha sido el motor de la expansión japonesa. Y este aumento supone por sí mismo una mejora constante de las condiciones de vida, un alza regular de los salarios (que han alcanzado ya el nivel italiano).

Un economista americano, Gene Gregory, observó recientemente que los empresarios japoneses jamás se lanzan a la producción de artículos para los que no existe mercado interior disponible. Por eso, la industria electrónica —tan desarrollada en ciertos terrenos— no ha producido aún ninguna máquina de dictar. La razón es muy sencilla. Habida cuenta del número de caracteres (2.000 aproximadamente, más de un centenar de silabarios) que deberían utilizarse, y consecuentemente del número de teclas de que habría de componerse el teclado, es natural que no exista ninguna máquina de escribir japonesa. Toda la correspondencia de negocios se manuscrite o se imprime. No hay taquígrafos ni mecanógrafos

y, por lo tanto, no se necesitan aparatos de dictar.

Ahora bien, el hecho de que el comercio exterior no sea el motor principal del desarrollo económico no debe llevarnos a subestimar el papel que desempeña en la política japonesa.

Vender menos o comprar más

Todos los grandes debates desarrollados desde hace diez años en el seno de las capas dirigentes han girado en torno a las relaciones internacionales del país, relaciones que son sobre todo económicas. En lo referente a la política interior, siempre ha habido un gran consenso. El Gobierno se deja aconsejar por los viejos sabios del Keidanren, y éstos a su vez ruegan al Gobierno que dé las indicaciones necesarias a los industriales. No hay ningún país en el mundo en el que estén tan estrechamente vinculados los grandes negocios y la alta administración, vínculo éste que todos reconocen abiertamente.

Las relaciones internacionales plantean problemas más difíciles. Ciertamente, todos están decididos a jugar la baza de la disciplina nacional, por no decir nacionalista. El Japón confía en que el liberalismo económico de los demás países le permita introdu-

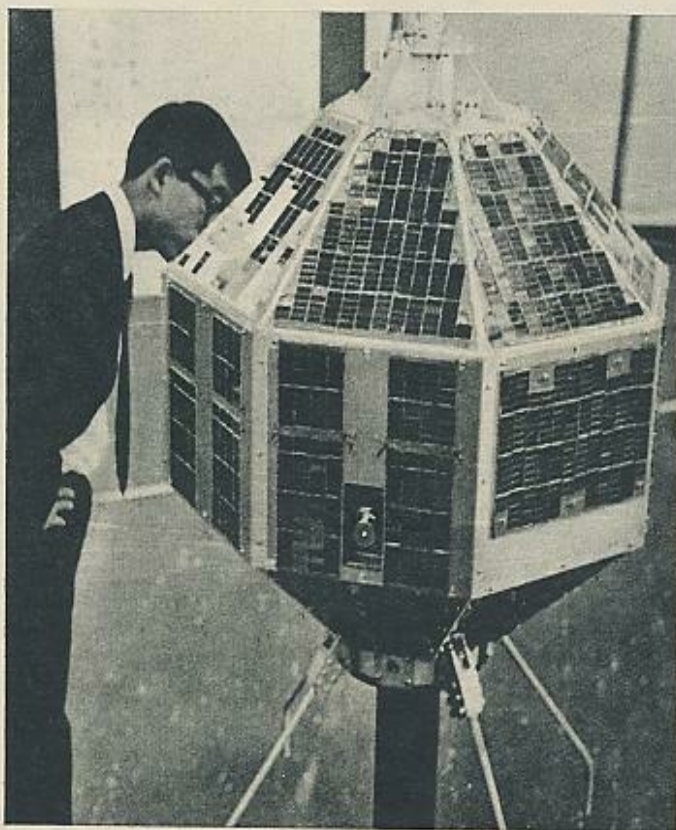
cir en sus mercados sus productos manufacturados, pero al mismo tiempo se cierra a la importación de todo lo que no sean materias primas o productos alimenticios. Mientras que vende, por ejemplo, a los Estados Unidos más de 600.000 automóviles al año, apenas si les compra 4.000. Lo cual no es simple consecuencia del patriotismo de los clientes nipones —al parecer los taxistas de Tokio echan de menos sus antiguos Chevrolet—, sino resultado de una sutil política arancelaria.

Ahora bien, esta política ha terminado indisponiendo a todos los clientes del Japón, y el punto sobre el que reina el mayor desacuerdo en los círculos dirigentes del país es el que se refiere al mejor modo de hacer frente a estas reacciones. Coincidiendo con el anuncio del Ministerio de Industria y Comercio en el sentido de que se propone limitar las ventas de aparatos electrónicos y eléctricos en Europa, una misión de la Cámara de Comercio recorre los Estados Unidos con el fin de estudiar la posibilidad de aumentar de modo sensible las importaciones de productos americanos. Vender menos o comprar más: tal es el dilema evocado por el señor Nagano.

Las opciones tienen en cuenta los intereses divergentes de las firmas. Las compañías que temen la competencia de los productos europeos y americanos preconizan una limitación de las exportaciones que justificaría el mantenimiento de las restricciones actuales a las importaciones. Las que disponen de una tecnología muy avanzada —como la Nippon Steel— son, por el contrario, favorables a un incremento de las importaciones, que les evitaría el tener que reducir sus ventas en el extranjero.

Esta oposición encubre una divergencia más fundamental que se refiere a las relaciones con los Estados Unidos y China.

El Japón de la posguerra no podía ser más que un humilde aliado de los Estados Unidos. Sin embargo, ese país ha sabido resistirse mucho mejor que Europa a la penetración de los capitales yanquis y ha conseguido imponerse al mercado americano. Este doble éxito no hubiera sido posible sin la guerra de Corea, la del Vietnam y, de un modo general, la política imperialista y antichina de los Estados Unidos en el Extremo Oriente. Washington necesitaba al Japón y éste se aprovechó de esa circunstancia para vender sus productos y reinstalarse en Corea y Taiwan, países a los que ha sabido convertir no en colonias militares, sino en subcontratistas de la economía nipona. Ciertos industriales desean que esta situación se



Primer satélite japonés, «MS-I», que fue lanzado en 1968.

EL FIN DEL MILAGRO

prolongue durante el mayor tiempo posible.

Las cuatro condiciones

La elevación de las barreras aduaneras americanas, el viaje de Nixon a Pekín, sus declaraciones en torno al futuro de Taiwan han representado para ellos una serie de duchas frías. Los partidarios de una aproximación a China han lanzado, por el contrario, un suspiro de alivio. La China de Mao no ofrece apenas salidas inmediatas al Japón, y parece poco dispuesta a venderle grandes cantidades de materias primas. Pero todo ello puede cambiar, y el problema esencial es evitar que las empresas americanas se beneficien de los eventuales cambios.

Por eso hemos visto cómo políticos, financieros e industriales han viajado a Pekín, donde han aceptado las cuatro condiciones planteadas por Chu En-lai:

1) No contribuir a los esfuerzos bélicos de los Gobiernos survietnamita, camboyaño y laosiano.

2) No ayudar a Chiang Kai-shek a reforzar su poderío militar.

3) No seguir invirtiendo ni en Corea ni en Taiwan.

4) No someterse a ninguna empresa americana.

Varias personalidades —entre ellas el señor Nagano— han dimitido a tal efecto del Comité pro Desarrollo de las Relaciones Comerciales con Corea y Taiwan. Los estatutos de este Comité declaraban en efecto que la cooperación de los tres países tenía como finalidad influir sobre la evolución de la China continental.

Al Gobierno de Tokio no le han gustado estas «capitulaciones»; sin embargo, él mismo está dividido en lo referente al problema chino. Dentro de unas semanas, cuando Sato presente su dimisión como primer ministro, el partido liberal-demócrata, que cuenta con

una amplia mayoría en el Parlamento, tendrá que elegir entre dos sucesores posibles, de los que uno, Fukuda, actual ministro de Asuntos Exteriores, forma parte del clan pro-Taiwan, y el otro, Tanaka, ministro de Comercio e Industria, pasa por partidario de la aproximación a Pekín.

Volvamos a los datos internos del problema japonés, ya que son éstos y no los datos de la política exterior los que determinan la disminución del ritmo de expansión económica, el fin del «milagro» (si se admite que el «milagro» implica un índice de desarrollo mínimo del 10 por 100).

Las causas del formidable empuje económico de estos veinte últimos años han sido frecuentemente analizadas. Sin embargo, tal vez no se haya insistido suficientemente en aquéllas cuya implicación social es más directa.

El obrero japonés —y en primer lugar el que trabaja para las grandes sociedades— ha visto elevarse su nivel de vida año tras

año. Ahora bien, esta progresión ha afectado esencialmente a su salario y a las importantes «pagas extraordinarias» que, dos veces al año, lo completan en función de los beneficios obtenidos por la firma. Los gastos de seguridad social se reducen a su más mínima expresión. No hay —salvo en el caso de los funcionarios— ningún sistema de jubilación. Los hombres y las mujeres que dejan sus empleos a los cincuenta y cinco años han de echar mano de sus ahorros.

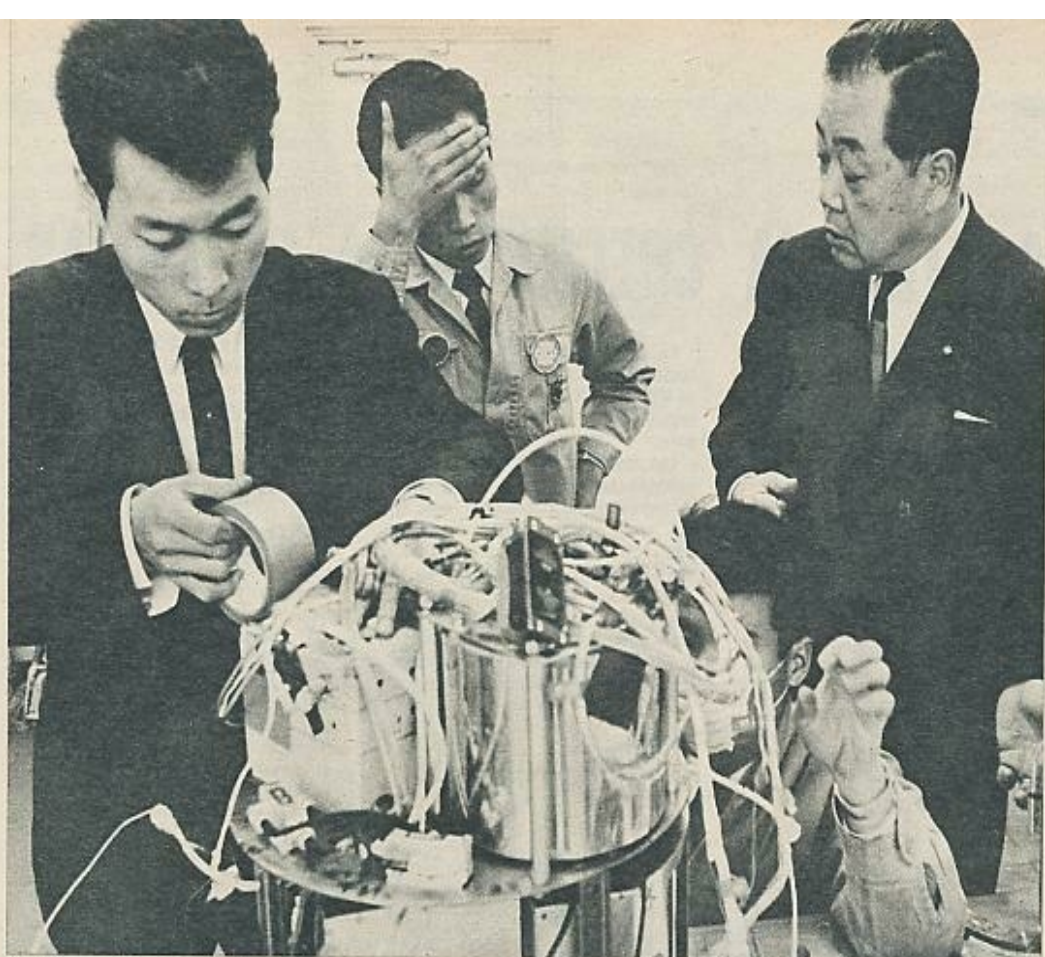
Por eso en el Japón es tan elevado el índice de ahorro: 39,4 por ciento contra un 28 en Alemania, un 26 en Francia y un 17 en los Estados Unidos. Los Bancos invierten estos ahorros en la industria. Esta trabaja con exiguos márgenes de beneficios (a menudo tres o cuatro veces menores que los de las empresas americanas del mismo tipo). La rotación del dinero es rápida; la autofinanciación, escasa, y los riesgos asumidos por las empresas se ate-



La industria de cámaras fotográficas supone, por su gran capacidad para la exportación, una dura competencia para los países tradicionalmente productores de aparatos fotográficos como Alemania.



En Tokio, los humos de las fábricas ensombrecen las distintas barriadas y provocan extrañas enfermedades que ha habido que bautizar con nuevos nombres: mimamata, Itai-Itai.



Satélite para las comunicaciones. El doctor Noburu Takagi, de la Universidad de Tokio, a la derecha, encargado del programa.



El milagro económico japonés no ha solucionado el pequeño tamaño de las azafatas, que animan los clubs de Tokio.

nían gracias a que los Bancos que las apoyan forman generalmente parte del mismo «trust» y están respaldados por el Banco del Japón.

Del mismo modo en que los gastos de la seguridad social son muy exigüos, las sumas consagradas a las infraestructuras, al urbanismo y al ambiente resultan irrisorias. Las carreteras son muy estrechas, por lo que en ellas se producen constantes embotellamientos. El 60 por 100 de las casas de la capital no tienen acceso a las alcantarillas y están en su gran mayoría sobrehabitadas. Se calcula en seis millones el número de viviendas que habrá que construir en todo el Japón a fin de resolver la actual crisis.

El precio de la contaminación

Un día tuve la infeliz idea de ir a Yokohama para comer en algún lugar a la orilla del mar. No encontré más que una fila ininterrompida de fábricas, así como el golfo más contaminado del mundo. El puerto de Tokio se halla a 2.000 metros del centro de la ciudad, pero hay que alejarse por lo menos 100 kilómetros hacia el Norte o el Sur para encontrar aguas limpias para bañarse. Los humos de las fábricas ensombrecen las distintas barriadas y provocan extrañas enfermedades que ha habido que bautizar

con nuevos nombres: minamata, itai-itai.

Durante años, los japoneses se han mostrado insensibles a tal situación. Al parecer no vivían más que para trabajar y ganar dinero. La mayoría renunciaban a sus vacaciones para poder ahorrar más. Sólo ahora que disponen de transistores, refrigeradores, máquinas de fotografiar, televisores, comienzan a descubrir los aspectos negativos de la civilización industrial. La fealdad de sus ciudades apenas si les afecta aún; sin embargo, son muchos los que comienzan a inquietarse por los efectos de la contaminación.

Tanto los hombres de negocios como los políticos han de tener en cuenta esta evolución. Y es precisamente porque saben que las necesidades de servicios van a aumentar con respecto a las necesidades de objetos de consumo, y que habrá que dedicar en adelante a la mejora cualitativa de la vida, por lo que prevén una disminución del ritmo de producción.

Los once millones de habitantes de Tokio —la mayor ciudad del mundo— han reelegido triunfalmente para el cargo de alcalde al socialista Ryokichi Minobi, que basó su campaña en una serie de temas, tales como la planificación urbana, la democratización de la gestión municipal y la lucha contra la contaminación.

Pregunté a Ryokichi Minobi si había conseguido ya importantes resultados en esta lucha. «Los resultados, hasta ahora, son netamente insuficientes —me contestó el alcalde—. Tanto más exigüos cuanto que la circulación automovilística no depende de mí, sino del prefecto de Policía. Pero una cosa es cierta: la opinión pública está ya movilizadada y va a ejercer cada vez más fuerte presión sobre un Gobierno que hasta ahora consideraba que su papel debía limitarse a construir carreteras, puentes y canales... y a respetar los intereses de los industriales».

¿Conducirá acaso esta toma de conciencia a una profunda transformación de la situación política? ¿Amenazará la posición predominante del partido liberal-demócrata? ¿Darán nuevas oportunidades a la oposición parlamentaria —compuesta por el partido comunista, el socialista, el social-demócrata y el Komeito— y a la oposición extraparlamentaria, calificada aquí de «nueva izquierda»? ■ G. M. (Próximo capítulo: El despertar del Sol Naciente.)